EDUARDO CALVO / RICARDO PALMA

FIESTAS DE ANTAÑO

BAILES DE CARNAVAL

SARAO INOLVIDABLE

EL BAILE DE LA VICTORIA

MANO IZQUIERDA EDITORES

Bailes de Carnaval

Que tanto prestigio dieron al balneario

El precursor de los tradicionales Bailes de Carnaval de Barranco —que tanto prestigio dieron al balneario por la calidad de la concurrencia, alegría y perfecta organización—, ni se realizó precisamente un día de carnaval ni fue organizado por el Municipio, como parece ser la creencia general.

El primero de esos bailes de disfraces tuvo lugar en el Parque Municipal, el miércoles 26 de febrero de 1913, "Día de la Vieja".

Fueron sus organizadores los niños: Raúl Porras Barrenechea, Hernando de Lavalle, Pedro de Osma Gildemeister y Pedro Vallarino, hijo del Ministro de Panamá acreditado ante nuestro Gobierno.

Al observar estos imberbes, ninguno de los cuales contaba aún catorce años, que la vida social del balneario languidecía, para animarla, concibieron la idea de ofrecer un baile de trajes.

El Municipio que presidía el progresista Alcalde don Pedro de Osma, auspició la iniciativa y cedió, para el objeto, el Parque Municipal.

La organización, el reparto, muy exclusivo, de invitaciones y otros preparativos, corrieron por cuenta y bajo la responsabilidad de los entusiastas muchachos.

Con el Parque lleno de comparsas lujosamente disfrazadas, compuestas por niños y jóvenes de nuestra mejor sociedad, se dio comienzo al baile, con la obligatoria Cuadrilla de Lanceros, a las nueve de la noche.

Después de dos horas de vertiginoso girar al compás de "chotis", valses y mazurcas, intercambiando serpentinas y "confettis", en un ambiente cargado de aromas de miosotis, heliotropo e "ylang-ylang", de los chisquetes de plomo de "Roger & Gallet", se retiraron los niños.

Los mayores danzaron hasta rayar el alba, cuidando mucho los modales y las buenas formas.

Tranvías eléctricos corrieron de hora en hora, desde Lima a Chorrillos y viceversa, como el primer paso en un horario que después se hizo permanente.

Con el tiempo, el tradicional Baile del Sábado de Carnaval de Barranco, ofrecido por el Municipio con invitaciones especiales, llegó a ser la primera fiesta social del Carnaval limeño. El derecho de admisión era cumplido seriamente.

Dichos bailes iniciaban el Programa Municipal de festejos y lo seguían el Infantil del Domingo en la tarde, en el Parque; el Corso de Flores del Lunes, en el Paseo Sáenz Peña; y la Verbena del Martes, también en el Parque Municipal; además de los Bailes Populares en la PLaza Raimondi o en el local de los Baños.

Durante largo lapso se celebró a Momo en esta forma culta en el balneario, pero los nuevos tiempos traen ritmos nuevos en la danza, en la música, en las costumbres.

Muy armoniosamente, al son del "fox-trot", el "jazz", el "charleston", la rumba y la guaracha, los bailes municipales tomaron su declive. Al ponerse a la venta las "tarjetas", los concurrentes no podían ser los de antes.

Ya no disfraces de lujo ni modos delicados. Al perfumado chisguete francés sustituyó el de éter, apuntado arteramente a los ojos. El fino piropo limeño se trocó en frase chabacana, pero acudían algunos, con su plata.

Así, en tono menor, continuaron los bailes varios años, hasta que no fue nadie y hubo que suprimirlos.

Con todo, al no dársele entrada a ingresos tan alegres la Caja Comunal se las vio tristes.

Eduardo Calvo

Sarao Inolvidable

DURANTE UNA SEMANA

Años antes de que cuatro aristocráticos niños barranquinos organizaran el primer baile de disfraces en el Parque, fue ofrecido otro que se recuerda hasta ahora como la fiesta particular más distinguida, prolongada, original y suntuosa jamás realizada en Barranco.

En la caprichosa casona construida a filo de este siglo por el prestigioso vecino —que tuvo antes el Tranvía de Caballos entre Barranco y Chorrillos y que fue Alcalde del distrito— don José Cornejo, en la manzana que hoy forman las calles García y García, Luna Pizarro, Vigil y Dávalos y que ocupa el Instituto Industrial de Mujeres N°. 8, se inició un sábado de Carnaval, allá por 1907, y se prolongó durante una semana, aquel baile memorable.

La anfitriona, señora Adela Vargas de Devéscovi, dama iquiqueña, viuda del acaudalado salitrero italiano don José Devéscovi, adquirió por entonces esa singular casona de estilo franco-italiano, decorada con encajes mudéjares y coronada por un minarete, con media luna y todo, que la hacía inconfundible.

Además de las habitaciones, la amplia residencia tenía un vasto jardín florido, caballerizas, cocheras, lavandería, lagar donde se pisaba la uva del vino familiar y oscuro sótano para añejarlo.

Con boato renacentista y cortesanía del dieciocho, la espléndida oferente iluminó su residencia, para el baile, con hachones y auténticos farolitos chinos importados vía Paris; instaló un renovado sin cesar ambigú, políglota y cosmopolita, con potajes criollos inclusive y rociado con champaña y vinos exquisitos; tendió generosa por todo el ámbito hogareño amplios mostradores colmados de serpentinas de papel de seda, polvos de oro, talcos odorantes y finísimos chisquetes de Roger & Gallet, para que sus invitados usaran los pertrechos con grandeza alegre y dispendiosa, con tiempo y con espacio.

Duquesas, odaliscas, colombinas, egipcias, princesas y gitanas danzaron enmascaradas, sonrientes, perfumadas e incesantes con misteriosos dominós, mosqueteros embozados y gentiles caballeros descubiertos, con pechera almidonada y frac; desde la prima noche hasta rayar las albas repetidas; en tanto tres orquestas se turnaban, sin perder un instante, desgranando ágiles notas de mazurcas, valses, polcas, polonesas y chotis.

Fuera del recinto, pegando las narices a la verja, innumerables curiosos de toda condición social, comentaban el fastuoso espectáculo entre admirados y envidiosos.

Trasladarse de Lima a los balnearios no era, como ahora, problema de multitud pero sí de escasez. Los paraderos del tranvía eléctrico quedaban muy alejados del campestre punto de la fiesta y los trenes a Chorrillos pasaban por Barranco a horas fijas, el último a las ocho.

La gentil castellana salvó la dificultad fletando un convoy que partió de Lima a las nueve de la noche, trayendo a sus invitados, que llegaban casi al medio millar de parejas de la mejor sociedad capitalina. Al siguiente día, de regreso, el expreso salió de Barranco al meridiano, con los coches vacíos, pues el baile continuaba.

Para hacer las cosas en redondo, perfectas y cabales, la señora Devéscovi había comprado un terreno —"El Cafetal"— fronterizo a su casa, e hizo abrir un pasaje recto a la Avenida Bolognesi, dando al sitio preciso donde haría detener el tren, especialmente, para que descendieran sus huéspedes, evitándoles la molestia de caminar más de cien metros en el campo.

Los barranquinos contemplaron durante cerca de treinta años, aquel pasadizo solitario, inexplicable, esperando que alguien lo atravesara, una vez más siquiera, sin lograrlo.

Eduardo Calvo

El baile de la victoria

(Reminiscencias)

I

¡Cuán pocos quedamos ya de esa juventud que, venida a la existencia en el primer decenio que siguió al triunfo definitivo de la liberdad en Sud-América, esto es, en los albores de la República, alcanzara a disfrutar también de lo de que fue la sociabilidad limeña durante los tiempos de vasallaje al rey!

No con el último disparo de fusil en el campo de Ayacucho desapareció la vida colonial. En punto a costumbres, se siguió en toda casa de buen gobierno, almorzando de nueve a diez de la mañana, comiendo de tres a cuatro de la tarde, cenando a las diez de la noche, rezando el rosario en familia antes de meterse entre palomas (vulgo sábanas) y lo que vale por mi tesoros, se siguió ignorando que la dispepsia y los cólicos hepáticos con sus arenillas están reñidos con la antigua cocina española, en que la manteca entraba por poco y por mucho el aceite de olivo. Desafío al más guapo a que consuma hoy el par de huevos, fritos en aceite de Moquegua, que embaulaba yo dentro del cuerpo antes de ir a la escuela.

El mobiliario de las casas, la indumentaria personal, las fiestas y procesiones religiosas, los capítulos para elección de prior o de abadesa, capítulos en que todo el vecindario se inmiscuía con un calor nada parecido al de los ciudadanos en las recientes elecciones de parroquia, las corridas de toros, el reñidero de gallos y las funciones teatrales, los saraos de buen tono, los jolgorios populacheros, todo, todo subsistía, sin ápice de discrepancia, como en los días de la colonia. Nada había cambiado. Sólo faltaba el virrey, y créanme ustedes que la mayoría del vecindario limeño lo echaba de menos.

Aunque la ley había abolido los títulos de Castilla, ellos seguían en boca de todo el mundo.—¡Salud, señor marqués! ¡Adiós, señor conde!—eran fracesitas de cajón o de cortesía que ni el más exaltado patriota escrupulizaba pronunciar, tal vez por el gustazo de oir esta contestación:—Vaya usted con Dios, mi coronel!—O bien: ¡Felicidades, mi general!

Ciertamente que la aristocracia de los pergaminos, con las leyes excepciones de toda regla, no descollaba por el talento o la ilustración; pero sí deslumbraba todavía por su riqueza y boato, como que había entre ella acaudalados tan estúpidos que almacenaban, debao

de la cama, talegos henchidos de pesos. Yo he visto, en mi niñez, en el traspatio de una casa, lo que se llamaba *varear la plata*, operación que consistía en echar los pesos acuñados sobre una manta y sacudirlos con un garrote para que el metal no se oxidase. Esos aristócratas profesaban culto fanático al metal sellado, y no osaban aventurarlo en empresas o especulaciones. Eran felices con sólo contemplarlo. Ellos, y no los pesos, eran, para mí, los merecedores de la vara. Es un buen señor ese caballero, oía yo decir en mi infancia con sobrada frecuencia. Nada abundaba tanto en Lima como los hombres buenos que no sirven para nada.

El lujo de las limeñas no fincaba, como hoy, en lucir cada quince días nuevo traje confeccionado por modista, ni en los demás accesorios de *toilette* que bastan para adquirir renombre de elegancia y buen gusto. No. Así como los manjares de nuestra mesa criolla eran cosa sólida y que se pega al riñón, y no hojarasca, soplillo y pinturita, como los de la cocina francesa que ahora priva, así a nuestras antepasadas les bastaba y sobraba con poseer cuatro o seis trajes de terciopelo de Manila, para lucirlos en los días de repicar gordo, trajes de los que, uno por lo menos, era venido por herencia, según constaba en cláusula testamentaria. No que nones. El terciopelo abarató en Lima, desde la fundación de la compañía de Filipinas, bajo la gerencia del conde de San Isidro; pero antes no compraba usted una vara de terciopelo de Manila por menos de cuarenta pesos. Metía pluma a la cuenta el pagano padre o marido, y salía contento de la tienda si por quince o dieciséis varas desembolsaba menos de seiscientos patacones. ¡Barato el trajecito!

También los pañolones bordados que nos traían de Manila, costaba, como se dice, un ojo de la cara, y figuraban igualmente en los legados testamentarios.

Pero lo morrocotudo del lujo de mis paisanas era el cofre de alhajas; y cuando para concurrir a alguna procesión se lo echaban encima, eclipsaban con los resplandores de brillantes, rubíes y zafiros, hasta a las custodias de Santo Domingo o de San Agustín, que representaban un tesoro. Y nada digo de la vajilla de plata para el servicio doméstico, pues era preciso ser casi pobre de solemnidad para comer en plato de barro o porcelana de pacotilla. Una, dos o más petacas de plata labrada figuraban en todo inventario.

Las piedras preciosas, en los tiempos de la colonia, se engarzaban sobre plata, moda que, en este siglo XX que vivimos, parece que aspira a resucitar. El oro se empleaba únicamente en el engarce de anillos.

No faltará entre mis lectores algunos que conocieron y trataron

a don Bernardo O... el alhajero, mercader alemán que, por los años de 1852, trajo de Francia por valor de quinientos mil francos en alhajas engarzadas sobre oro. Llegó, como se dice, en la hora del buen pastor, esto es, cuando la Consolidación estaba en su apogeo, y se improvisaban fortunas en menos tiempo del que gasta en persignarse un cura loco. Las aristócratas, como una protesta contra la Consolidación, se obstinaron en mantener el engarce sobre plata, comprobando así que en sus alhajas no había un centavo del dinero fiscal. Únicamente las señoras del cuepro diplomático y del consular, o las de acaudalados comerciantes extranjeros, habían ostentado hasta entonces prendas engarzadas en oro. La nueva aristocracia del dinero optó por no imitar en el engarce a la aristocracia *goda*. Era aquello, como si dijéramos, la lucha entre el patrón de oro y el patrón de plata.

Alarmado el presidente general Echenique al convencerse de que la Consolidación llevaba al país a un abismo sin fondo, decidió solicitar del Congreso una ley que pusiese término al derroche, y en efecto, la pidió en su mensajea las Cámaras de 1853. Con ese motivo, desde los primeros días de Agosto no se hablaba en Lima sino de un gran baile que, para halagar a los congregados, se proponía dar su excelencia, no en el vetusto palacio de los virreyes, sino en su preciosa quinta de la Victoria, sobre cuyo terreno se edifica actualmente el nuevo barrio de la ciudad.

Don Bernardo el alhajero supo explotar el filón, y en 1860, viejo y achacoso, regresó a Europa a disfrutar de los millonceos de francos ganados en venta de alhajas modernas y adquisición de alhajas antiguas.

Y pues ha venido a nuestra pluma citar el baile de la Victoria, de inolvidable recuerdo para los que a él concurrimos, y que hizo olvidar el de los dos bailes que diera en palacio Ramoncita, la hija del virrey Abascal, y el del único que ofreciera a la sociedad limeña doña Angela Zevallos, la esposa del virrey Pezuela, consagrémosle párrafo aparte.

II

¡No! No se ha dado en Lima, desde que la fundara don Francisco Pizarro, en 1535, baile superior en magnificencia al que en la noche del sábado 15 de Octubre de 1853 ofreciera al Congreso y al vecindario culto, el presidente de la República, general Echenique. Las hojas sueltas ó periodiquillos eventuales de oposición al gobierno, estimaban en sesenta mil pesos (de a 40 peniques, cambio corriente en ese año), lo invertido en reparaciones del edificio, alfombras de Flandes, aparatos de iluminación, mobiliario y demás gastos.

Y tal y tanta fue la resonancia de ese baile en todo el Perú, que como consecuencia de él se envolvió el país en desastrosa guerra civil, iniciada poquísimos meses más tarde por unas cartas polpíticas que dió a luz don Domingo Elías, a propósito del derroche financiero que permitió a descamisados de la víspera ostentar en el baile un lujo deslumbrador e insultante. La revolución, iniciada por Elías, fue vencida en la batalla de Saraja; pero la chispa había producido una hoguera, y el mariscal Castilla, el 5 de Enero de 1855, en el campo de la Palma, puso término a la contienda civil. Pero como no es mi propósito hacer historia política, pongo punto para entrar de lleno en la descripción del baile, al que concurrí con el comandante y oficiales del buque en que yo ejercía el cargo de contador, o sea oficial de cuenta y razón, como se lee en las Ordenanzas navales. Llevaba poquísimos meses de ingreso en la carrera de empleado público, y el medio siglo transcurrido casi no ha influido en la memoria del cronista.

A las diez de la noche los marinos, congregados en casa del contralmirante Forcelledo, ocupamos un ómnibus y cuatro coches particulares, encaminándonos hacia la quinta. Travesía de brevísimos minutos.

A pesar de que aún carecíamos del alumbrado por gas, la iluminación del gran patio y de los salones era abundante y armónicamente distribuída. Justo es reconocer que el beneficio del gas lo debe Lima exclusivamente al gobierno del general Echenique, si bien cupo al general Castilla la fortuna de inaugurarlo el 7 de Mayo de 1855, esto es, cuatro meses después de la batalla de la Palma. Algo de bueno había de dejar la Consolidación; no todo el naipe había de ser malillas.

La obra estuvo terminada desde Diciembre; pero, ciertamente, no eran esos días, con el ejército de la revoluición a las puertas de la ciudad, apropiados para que el mandatario supremo pensase en actos ceremoniosos.

En el centro del gran patio se alzaba un secular y soberbio pino de Australia, bajo cuya sombra, después de bailada, en uno de los salones, antes de las once, la cuadrilla oficial, vinieron a tomar asiento muchas señoras, convirtiendo en salón el muy pintoresco patio.

En él empezó a reinar, después de las doce, más animación que en los salones, donde tambipen se agitaban las parejas. Feliz fue esa iniciativa.

Según una relación que apareció por entonces en periodiquito adverso, fueron doscientos treinta y nueve las señoras y señoritas, excediendo de mil los caballeros concurrentes. En ese baile no hubo *planchadora* alguna, sea dicho sin alusión a saraos recientes.

En cuanto a la abundancia de flores ornamentando puertas, pilastras, paredes y corredores, diríase que se agotaron las de todos los jardines de la ciudad.

En los costados del patio, y a dos pies de altura, se habían construido galerías de madera, bastantes espaciosas y bien adornadas, con balaustrada que servía de antepecho. Allí se congregaron senadores provectos, exministros y diplomáticos en disponibilidad, vocales de las cortes de justicia y otras personalidades de campanillas que a la vez que cómodamente gozaban del baile, discurrían, largo y menudo, sobre la manera de hacer la felicidad de esta patria, a la que acaso todos ellos habían contribuido a desbarrancar. Como yo nunca he bailado, me instalé también en esa galería en unión de ocho o diez amigos y excolegas de San Carlos, que tampoco eran devotos de Terpsícore. Tengo para mí la convicción, inspirada por palabritas sueltas que al vuelo alcancé a oir de boca de algunos personajes, de que ahí mismo se conspiraba ya. «Están jugando con fuego, y pronto se quemarán», fue frase que muy *sotto voce* oí a un general que conversaba con dos altos magistrados. En otro grupo de menos fuste se ponía de ladrones y de pícaros a los ministros que no había por donde cogerlos, lo que a mí me escandalizó mucho, porque todavía igniraba que los hombres públicos se parecen a los urinarios públicos, en lo de estar a la disposición de todo el que pasa.

Hubo una singularidad en este baile: la de que el dueño de la casa no consintió que se jugase, ni a pares y nones. Me abstengo de comentar.

Había un salón muy espacioso adornado con valiosos cuadros propiedad del coronel don Pascual Saco, deudo de Echenique y afamado *amateur* pictórico. Decíase, por personas con reputación de entendidas (que yo por entonces mancebo de veinte años, aun no daba pelotada en asuntos de arte) que allí lucían, entre otros, cuadros originales de Velázquez, Murillo y Espagnoleto. Principiaba ya el renombre de nuestro compatriota Ignacio Merino, y exhibíase una de sus obras, recientemente premiada en París.

En ese salón había esparcidas multitud de mesitas de la China, y funcionaba abundantísimo y exquisito *bar*, atendido por Marcenaro, famoso dulcero italiano de la época, en la cual no existía aún en Lima ningún Broggi. El establecimiento de Marcenaro estaba en la calle de Espaderos (precisamente en el local que hoy ocupa la casa Klein) y era una minita de cortar a cincel después de las tres de la tarde, horas en que salían del horno unas empanaditas y unos pastelillos deliciosos que los concurrentes remojaban con una copa de Jerez, que aun no se abusaba del *cocktail* como aperitivo. Un refresco

de naranja con gotas de ron de Jamaica, cuya confección era secreto del dulcero, tenía infinitos aficionados. Atendía a los parroquianos la esposa de Marcenaro, que era una italianita muy simpática y agraciada, sobre la que, sin alterar su ecuanimidad, llovían los piropos. Y como no he de volver a tener oportunidad para hablar del antecesor de los Broggi, Nove y Klein, no quiero desperdiciar la ocasión para contar que la linda hija de la bella Italia tuvo desastroso final. Murió envenenada. Una mañana, a la hora en que rara persona entraba a la dulcería, se presentó una elegante tapada y contrató el servicio de postres para un banquete, recomendando que las pastas de almendra fuesen mejores que las de las monjitas de Santa Catalina,pastas de las que llevaba la tapada un paquete en la mano. Cada monasterio de Lima tenía, por esos tiempos, su especialidad en materia de dulces y golosinas. La joven Marcenaro probó una de las pastas, y ofreció mejorar el condimento. Una hora después se presentaron en ella los primeros síntomas de envenenamiento. El crimen fue muy sensacional, teniendo la justicia que archivar el proceso después de más de dos años, por no encontrar el menor indicio sobre la envenenadora. Algo murmuraba, en los primeros días, la maledicencia contra una ex-marquesita; pero paréceme que sin pizca de fundamento.

En uno de los almuerzos con que, en 1892, Emilio Castelar agasajaba en Madrid a la gente de letras, oímos decir al inmortal tribuno gaditano, en la conversación de sobremesa, que nada es más difícil de conocer por completo que los crímenes contemporáneos. Pregunta usted, decía el anfitrión, al primero con quien tropieza por esas calles, quién mató a César, y le contesta de corrido y sin equivocar letra. Pero pregunte usted por cosas de ayer por la tarde, quién mató a Prim, por ejemplo, y nadie lo sabe.— Eso, interrumpió don Antonio Cánovas del Castillo, puede ser, Emilio, que alguien lo sepa: pero quien de seguro no lo sabrá nunca es la justicia, —y como chispa eléctrica vino a mi memoria el recuerdo del trágico fin de la dulcerita.

Pero aquí caigo en la cuenta de que se me está yendo el santo al cielo, para dar suelta a la pluma en chismorros añejos, y prosigo pormenorizando el vaile de la Victoria. Dispénseme el lector la distracción.

A la una de la noche hubo media hora de reposo en el baile. Las eximias cantatrices de la ópera, las *divas* Clotilde Barilli (hermana de la Patti) y Elisa Biscaccianti, cantaron, compitiendo en melodía con los ángeles, como oí decir a una señora cerca de la cual me encontraba. Recuerdo que la Barillo cantó *Il baccio*, del maestro Arditti, como sólo ella ha sabido cantarlo en Lima.

La magnífica orquesta del teatro (en el que a la sazón funcionaba una muy notable compañía de ópera italiana) estuvo dirigida por el profesor César Lietti, y cuando los músicos tenían necesidad de reposo, era reemplazada por las excelentes bandas militares de la Artillería y del batallón Granaderos. El baile no sufría la menor interrupción; era incesante el vertiginoso baile.

Pocos bailarines monopolizaban una pareja. Dominó el *mariposeo.*

Reinó mucha animación y alegría, y no tuve noticia de que en tan crecido concurso de hijos de Adán hubiera habido querella alguna.

La única nota discordante la dió una señora que se negó a bailar con un capitancito (excelente y bravo muchacho, que murió a poco en un combate), porque no abundaban en las venas de éste glóbulos de sangre azul. Súpolo el presidente, llamó al oficial, se dirigió con él al asiento en que se hallaba su esposa, y la dijo:—Victoria, baila con el señor capitán.

La quisquillosa dama se retiró a poco del baile.

Algo muy culminante fupé la exhibicion de alhajas. Las antiguas aristocráticas, las *godas*, como las llamaba el pueblo, no dejaron piedra preciosa en el cofre de familia; pero la nueva aristocracia del dinero, las *parvenues* o improvisadas por la Consolidación, las eclipsaron por el lujo de los vestidos y por la preciosidad de sus alhajas modernas engarzadas sobre oro.

Dios sacó al hombre de la nada; pero el presidente Echenique, con su Consolidación, lo superó, sacando a muchos hombres, a muchísimos, de la nada, esto es, de la pobreza humilde a la opulencia soberbia.

Oímos decir en un grupo de la galería, a don Bernardo el alhajero, que el collar de perlas y prendas accesorias, también de perlas, que ostentaba la señora de un general, llamaría la atención en la más famosa de las cortes europeas.

Otra señora, no menos gallarda, casada con un coronel (que a poco ascendió a general) lucía un traje adornado con profusión de brillantes y rubíes, a la vez que alhajas muy valiosas. Era un sol deslumbrador.

—¿Cuánto pagaría usted, don Bernardo, por ese traje? —oímos que preguntaba al alhajero un personaje que, meses más tarde, debía figurar mucho en la revolución:

—Para ganarme una comisión decente, daría hasta cuarenta mil pesos.

—No se apure usted, que ya lo comprará por menos.

Contábase que ese traje fue confeccionado por madama Emilia Dubreuil (la *ñata* Dubreuil, como la llamaban mis paisanas), la única modista francesa que había, por entonces, en la calle de Mercaderes, y que durante los dos días que empleó en la colocación artística de las piedras, tuvo a su puerta un par de gendarmes, como custodios del caudal, para impedir alguna posible tentativa de asalto al taller.

Tema que también de comentarios el que, entre las señoras íntimamente vinculadas con la actualidad política, sólo doña Victoria Tristán de Echenique, la esposa del presidente, luciese las alhajas del cofre de familia engarzadas soibre plata, y ninguna de las del engarce sobre oro con que se engalanaron las dempas de reciente elevación social. Doña Victoria no quiso olvidar que descendía de don Pío Tristán, personaje que se negpó a ser el último virrey del Perú, renunciando a la designación que en su persona hiciera Fernando VII.

El gabinetito de *toilette* para las señoras abundaba en buen gusto y refinamiento orientales. Tenía puerta de comunicación con otra salita, en la que madama Dubreuil, con seis de sus costureras atendía a reparar, a fuerza de puntadas, todo desperfecto ocasionado en las faldas por bailarines poco diestros.

Desde las tres de la mañana empezó la cena para doscientos cuarenta cubiertos, renovándose el servicio tres veces más.

Don Bernardo, tal vez sin darse cuenta de que echaba combustible en la hoguera de las pasiones políticas, decía a todo el que le preguntaba que si las alhajas de las aristócratas representaban más de un millón, las *mazerqueras*, mucho menos en número, las superaron en mérito artístico y en buen gusto. El partido que explotó al país con la Consolidación había sido bautizado por los oposicionistas, con el nombre de la *mazorca*. Así se explica el que, estallada la revolución, la aristocracia femenina simpatizara con ella y conspirara de lo fino, o por lo menos contribuyera con sus oraciones para con Dios, dispensador de todo triunfo.

Con el alba se bailó el *cotillón*, que puso término al más espléndido de los bailes que hasta el día se han dado, así en la Lima de los monárquicos virretes, como en la de los republicanos presidentes.

Ricardo Palma

MANO IZQUIERDA EDITORES